

Revista de Estudios Taurinos
N.º 10, Sevilla, 1999, págs. 231-240

Villalón, Fernando: *Poesías completas*, edición de Jacques Issorel, Madrid, Cátedra, col. Letras Hispánicas, 1998, 406 págs.

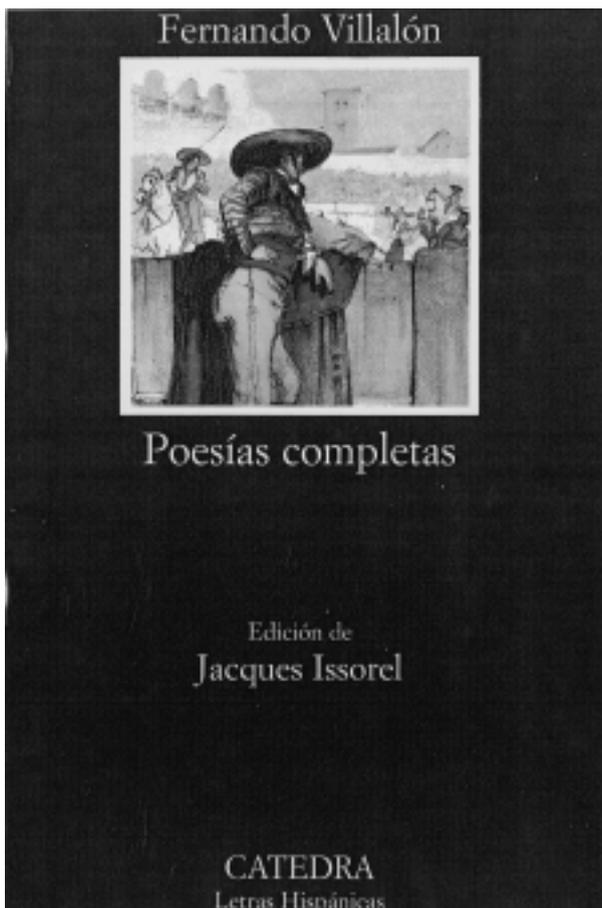


Fig. n.º 30.– Portada del libro *Poesías completas* de Fernando Villalón, ed. de Jacques Issorel.

El profesor Jacques Issorel, de la Universidad de Perpignan, es uno de los muchos ejemplos de interés y dedicación a nuestra literatura que jalonan el hispanismo francés de nuestro tiempo. Centrado en el estudio de la figura de Fernando Villalón, dedicó su tesis doctoral, leída en 1980, a la fijación crítica de su obra poética, y desde entonces ha venido publicando numerosos trabajos sobre el poeta sevillano que han contribuido notablemente a su clarificación y sobre todo a su correcta ubicación en el entramado lírico de la primera mitad de nuestro siglo. Labor crítica que en el caso concreto de Villalón puede decirse que resultaba de extrema necesidad, y es por ello especialmente encomiable, habida cuenta la distorsión que inevitablemente ha venido acompañando a su figura desde los tiempos mismos en que se inició en la escritura poética. Como muy bien señala el propio Issorel en su estudio introductorio, «al morir prematuramente, sin que le diera tiempo a afirmar su presencia en el mundo literario, Villalón personaje pintoresco prevaleció sobre Villalón poeta. La leyenda hizo olvidar a la obra, el mito relegó al poeta a segundo plano». Fueron, en efecto, sus propios amigos, los escritores del 27, y hasta el mismo Juan Ramón Jiménez, que había sido su compañero de curso en el colegio de los Jesuitas del Puerto de Santa María, los que, atraídos por su atípica personalidad de hombre de campo metido a literato, cargaron las tintas más en su atractiva figura humana que en su quehacer poético, y contribuyeron, tal vez sin quererlo, a interponer entre el poeta y su obra una pantalla de pintoresquismo, una máscara de atrayente sortilegio que, aunque pudiera tener bastante de verdad, se superpone a la creación misma y con frecuencia desvía la atención de no

pocos lectores y hasta inconscientemente los incapacita para una más cabal comprensión de los valores estrictamente literarios de su obra, que quedan no pocas veces ocultos tras el telón del rico anecdotario que envuelve su perfil humano: su ya legendaria afición a la teosofía, su supuesta obsesión por lograr un encaste de toros con los ojos verdes o sus disparatadas y divertidísimas ocurrencias. Esta es, sin duda, la cruz con que ha debido cargar la memoria histórica de un escritor muy estimable, del que, además de su esencial vocación campera –eje de casi todos sus textos–, conviene recordar que había cursado casi completa la carrera de Derecho y dejado traslucir en su obra un nada desdeñable conjunto de lecturas poéticas cultas; que llegó tarde al mundillo literario de su tiempo (su primer libro, *Andalucía la Baja*, lo publicó cuando tenía 46 años) y que además, a los efectos de la estimación literaria de sus contemporáneos, tuvo la desgracia de morir muy pronto, antes de que la innegable calidad de sus versos hubiese podido neutralizar, o al menos a mitigar aun en vida, su inevitable toque de leyenda y su mitología personal, que siguen pesando en exceso, pese a todos los intentos críticos por ajustar y encajar sus textos en el cauce de la historiografía literaria. De ahí que Villalón siga siendo hasta el momento un poeta bastante más citado que leído; más comentado por sus ingeniosas ocurrencias que por la calidad de su obra; y de ahí también la conveniencia de ponerlo al alcance de nuevos lectores potenciales en una colección de gran difusión como es la de “Letras Hispánicas”, de la editorial Cátedra, muy consolidada, gracias a su amplísimo fondo y al rigor de sus ediciones, en los medios universitarios españoles y extranjeros.

Por ello, y dando pruebas de un excelente criterio filológico, de buen profesional de la crítica literaria, Issorel traza el perfil biográfico del escritor de forma deliberadamente medida y concisa, con rigor documental pero sin innecesarios regodeos, soslayando la atractiva tentación de demorarse en el rico anecdotario que lo envuelve. Sigue en ello al maestro Bergamín, amigo íntimo de Villalón, quien, en conversación con el propio Issorel, se negó a entrar en ese terreno, estimando que tanta carga anecdótica no ofrecía «sino una imagen deformada y reductora del poeta» que desde la seriedad crítica había que ir desterrando en aras de una mejor apreciación técnica de su escritura. Que prive la obra sobre la persona, he aquí, sin la menor duda, el razonable propósito con que el crítico francés afronta la primera edición completa de las poesías de Villalón publicada hasta el momento. De ahí la buscada desproporción entre la brevedad de las páginas que dedica a la vida y personalidad del poeta y la amplitud de las destinadas al estudio de sus versos, centrado en sus tres libros editados en vida: *Andalucía la Baja* (1927), *La Toriada* (1928) y *Romances del 800* (1929). Complementa ese estudio con el de los manuscritos inéditos y los poemas sueltos que Villalón había publicado en diferentes revistas. Gracias a ello estamos en grado de acceder por vez primera, casi setenta años después de su muerte, a la edición completa de su poesía. Concentra aquí Issorel, con las exigencias de síntesis propias del estudio introductorio de una edición destinada al gran público, los resultados críticos de una sostenida labor analítica y editora que ha venido realizando a lo largo de varios años, y muy especialmente en las dos ediciones cuidadas por él en la editorial Trieste: la de *Poesías inéditas*, de 1985, y la de *Obras [Poesía y prosa]*, de 1987, que incluía los tres libros de Villalón más la poesía aparecida en revistas.

De *Andalucía la Baja* subraya –contrariando la opinión de Manuel Halcón– su coherencia y unidad temática en torno a una Andalucía que se desglosa en diferentes parcelas, desde su pasado mítico hasta la Andalucía del cante, pasando por la del campo, la de las ciudades, la de la costa y la de tierra adentro. Relativiza –a mi entender quizá con excesiva contundencia– la fijación del libro a la estética del Modernismo; y pondera –entiendo que con más justeza– la elusión de cualquier andalucismo de pandereta y la atención de Villalón a los perfiles reales, y no pintorescos, de una tipología humana (contrabandistas, gitanos, cazadores furtivos ...) con las que él mismo, en su condición de hombre de campo, estuvo relacionado en su experiencia directa. Particular interés tienen, en mi opinión, los juicios de Issorel sobre el modo que Villalón tiene de tratar el tema del cante flamenco y en general el acervo folklórico del pueblo andaluz (juegos, canciones infantiles...), por las diferencias con otros autores del 27. Comparto con él la idea de que el libro tiene, en efecto, una unidad temática, pues Andalucía –una Andalucía nada libresco, sino muy bien conocida y experimentada por el poeta– es sin duda la referencia recurrente. Pero estimo, en cambio, que resulta muy evidente su diversidad estilística, y fue eso tal vez lo que quiso decir Halcón cuando afirmó que su primo Fernando había roto la sorpresa que le preparaba de editarle sin previo aviso los *Romances de tierra adentro*, furtivamente extraídos por él del cajón de su despacho. Iba a ser su primera salida pública, sin su consentimiento, en el ruedo de la literatura. Percatado Villalón por pura casualidad del intento, «aún no me he explicado –escribe Halcón– por qué lo que yo temía que fuese a provocar su enojo, le causara una satisfacción tan grande. Su entusiasmo creció tanto, por horas, que

pronto rebasó mi propósito de hacer un tomito con los *Romances de tierra adentro* y empezó a enviar nuevos originales a la imprenta, con lo que el libro perdió por completo la unidad, convirtiéndose en el tomo de *Andalucía la Baja*».

Esa falta de unidad de estilo se percibe, en efecto, en el libro, muy especialmente por las, a mi juicio, marcadas diferencias entre el tono más modernista y «antiguo» de toda la primera parte de la obra, con muchos aires del Antonio Machado de *Campos de Castilla*, y la mayor frescura y ligereza de los poemas dedicados al cante y sobre todo de los “Romances de tierra adentro” y del “Rabel de *Las tres Marías*”, textos tocados por un grácil popularismo mucho más cercano a los autores del 27.

Especialmente certeros me parecen los juicios de Issorel expresa sobre *La Toriada*, y en general sobre toda la poesía «táurica» de nuestro autor. *La Toriada*, un poema de más de quinientos versos, lleno de solemnidad y grandeza, pudo, y puede todavía hoy, resultar llamativo para el lector excesivamente apegado a la leyenda de Villalón, pues nada más leer el soneto inicial (“Situación”) va a encontrarse de pronto con una sorprendente creatividad verbal, un gran dominio de la imagen, una elevación métrica, un vanguardismo temático y una familiaridad con el mundo de la mitología que no cabría esperarse del manido estereotipo del hombre de campo «metido» a poeta. Todo cobra, sin embargo, sentido, si sabemos, siguiendo los bien trabados argumentos de Issorel, que el libro hay que enmarcarlo en el contexto del fervor gongorino de aquellos años (se comienza a escribir justamente en diciembre de 1927, fecha del famoso homenaje que el Ateneo de Sevilla tributó al genial poeta cordobés), y sin duda también en el nada desdeñable conjunto de lecturas poéticas que hay que presuponerle a

Villalón para construir un texto de esa naturaleza, escrito, desde luego, al conjuro de los grandes poemas de Góngora, pero libre de peligrosos mimetismos; y ceñido a la moda literaria del tema taurino, tratado en su tiempo por Rubén Darío (“Gesta del coso”), Salvador Rueda, Manuel Machado..., y muy especialmente por el poeta sevillano Felipe Cortines Murube, autor de *El poema de los toros* (1910), un libro que Issorel, haciendo suyo el juicio de Jacobo Cortines, considera que fue la obra que más influyó en la creación de *La Toriada*. El detenido análisis que sobre el texto de Villalón hace el hispanista francés se detiene también en el estudio de las estructuras del poema, en su concepción mítica del toro, engrandecido por sus orígenes, viviendo libre en los inabarcables terrenos de la legendaria Atlántida, desligado de la imagen tópica de la lidia y del espectáculo de la corrida, feliz en un escenario natural –la extensa marisma del Guadalquivir– que Villalón, «ecologista *avant la lettre*», según subraya con acierto Issorel, quiere proteger de la ya entonces amenazante transformación agrícola. El gongorismo de *La Toriada*, como el de los otros poemas del 27, fue sólo una etapa en la trayectoria lírica de Villalón, una estética efímera, pero –concluye el autor del estudio– «revela al mismo tiempo a un poeta ya dueño de su arte y a un hombre que defiende ideas originales con entusiasmo y clarividencia».

Dominio artístico y originalidad que Villalón demuestra igualmente en el último de sus libros, *Romances del 800*, publicado en 1929 y dedicado a Juan Ramón Jiménez y al padre José María de la Torre, que había sido rector del colegio de los Jesuitas del Puerto en que los dos futuros escritores habían estudiado en su niñez. Issorel subraya la variedad temática y formal del texto, el trasfondo histórico de sus romances, la capacidad de Villalón para recrear ambientes, el

dominio de la técnica del fragmentismo o habilidad para la sugerencia, la densidad estrófica y expresiva, y en especial lo que el libro supone como expresión de una visión del mundo que es propia y personal del poeta, enmarcada en una escenografía andaluza que no abandona nunca pero que no limita su percepción universal de las cosas.

El estudio introductorio culmina con el análisis de los poemas publicados en revistas y los textos póstumos incluidos en los manuscritos que Villalón dejó a su muerte. Y con una lúcida síntesis sobre el significado de su poesía en el contexto literario en que fue escrita. En ella pondera el innegable influjo de Juan Ramón Jiménez, a quien Villalón admiraba profundamente, su sintonía con los modos poéticos de los grandes poetas del 27 (gongorismo, integración de la poesía culta y popular, vanguardismo, surrealismo ...), pero también los puntos más originales y distintivos de su obra: la inclusión de la magia y el esoterismo en la poesía, su anticipadora visión conservacionista del mundo natural y muy emanado de la profunda comunión del poeta con la tierra y el campo.

A esta extensa introducción, que se cierra con un completísimo repertorio bibliográfico de y sobre el poeta, sigue la edición de los textos, en primer lugar los tres libros publicados en vida, y a continuación los poemas editados en revistas y los de carácter póstumo. Queda de ese modo agrupado por vez primera en una sola publicación todo el corpus poético de Fernando Villalón, el mismo que Issorel había venido ofreciendo sucesivamente en diferentes lugares y que ahora, concentrado en un solo volumen, pone al alcance del público interesado con toda pulcritud y rigor, con abundante información textual (procedencia de los poemas, diferentes versiones y variantes, hipótesis de interpretación de manuscritos, etc.) y un aparato de

notas aclaratorias que resuelven de modo conciso las referencias más importantes de los poemas (nombres de personajes, topónimos, sucesos históricos, etc.) aunque en ocasiones pueda echarse de menos un sistema de anotación algo más completo, limitado tal vez por las exigencias de la colección.

Mi conclusión es que hay felicitar por la aparición de un texto como éste, que contribuirá, sin la menor duda, a difundir una imagen más certera y cabal del Villalón escritor, más liberada de la excesiva carga mítica que ha venido lastrando su auténtica valía literaria, y mucho mejor encajada en el entramado poético de la España de la primera mitad del siglo XX. Un Villalón que en nada disuena de la estética literaria que profesaban los escritores del 27: popular y a la vez culto, tradicional y vanguardista, campesino y urbano. Y con unos toques de originalidad que reafirman el valor de su fuerte personalidad de escritor. A tanta distancia temporal de su muerte (1930), es del todo conveniente una seria relectura de su obra sin las anteojeras de su leyenda biográfica, ceñida al escueto rigor de sus versos. Y esta excelente edición de Jacques Issorci, que nos ofrece un texto rigurosamente fijado y analizado, y que sin duda llegará a muchos más lectores que las ediciones parciales que la preceden, puede ayudar en mucho a la realización de tal objetivo.

Rogelio Reyes

Fundación de Estudios Taurinos

